Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES.

Comedia en un acto, arreglada libremente á la escena española por D. Laureano Sanchez Garay, *representada con aplauso en el teatro de Variedades, el 22 de noviembre de 1853.*

PERSONAS.	ACTORES.
Leoncio Fontaño.	*Sr. Garcia.*
Matilde, *su esposa.* . . .	*Sra. Ruiz.*
Un Criado.	*Sr. Palacios.*

Salon elegante. En el ángulo izquierdo una ventana, en el de la derecha una chimenea, sobre la cual habrá un reloj y dos candelabros: puerta al fondo. A la izquierda y primer término, un aparador, sobre el cual habrá dos platos con frutas, cucharas, tenedores y cuchillos, pan, y platos con jamon, empanadas, limon, bollitos, etc., etc., una botella de vino. A la derecha, en primer término, una mesa con mantel, dos cubiertos, dos servilletas, dos copas de cristal tallado; en medio un plato con ostras, otro con salchichon y otro con un ave, debajo de la mesa, y á un lado una garrafa de agua fria, y un garron con dos botellas; sobre una silla á derecha de la mesa un neceser de señora; debajo de la ventana un cofre cerrado; al lado del cofre una silla, sobre la cual habra un sombrero y un chal de Matilde; mas allá, y sobre otra silla, una caja de sombrero de señora y una maleta; junto á la puerta del fondo un llamador; junto á esta puerta otra maleta, la cual será de Leoncio; junto á la chimenea la caja del sombrero de Leoncio; papeles, periódicos tirados con desórden; un paraguas enfundado, cajas de gorras; etc.; un velador y sobre él un bastidor de bordar; cajas de joyas, dos sombrillas, un libro en 8.º y otros varios libros atados con una cinta; tres pares de botas de señora sobre los libros; en fin, todo dispuesto para viajar

ESCENA PRIMERA.

Matilde, *hablando en la ventana hácia fuera.*

Otra vez? Ya le he dicho á usted que descuide; si viene algun encargo mientras está usted fuera, se lo enviaré con Antonio. Antonio, ten dispuesto el faeton para las once en punto; así que háyamos almorzado mi esposo y yo, partimos para el Molár. Si encuentras al amo en el camino, dile que le estoy esperando. (*despidiéndose.*) Adios, tio; que no deje usted de irnos á buscar al Molár, tan pronto como salga de su asunto; ea, abur, abur. (*viniendo á la escena.*) Qué bello sugeto es mi tio Fernando! Cuanto siento no vayamos juntos! Qué diantre esperará hace seis meses? Tal vez algun compfot; no lo estrañaré; es tan conspirador... ya se vé... no tiene mas distracciones que la política; sus goces se reducen á que mande el partido tal; que el imperio cual se halle trastornado; que la nacion N se rija constitucionalmente; que la B se haya pronunciado en sentido republicano... (*reparando en los diversos objetos que hay en la sala.*) Mas no me estoy haciendo comentarios, sin acordarme que la doncella ha salido, y que tengo que empaquetar todo esto para dentro de un instante que debemos marchar? Ea, pues, arreglemos primeramente las maletas. (*cogiendo las botas.*) Dónde meteria yo estas botas? En el cofre? No, que ya está lleno, y á mas, me arrugarian mis vestidos de seda... Ah! en la maleta de Leoncio, sobre sus corbatas. (*poniéndolas.*) Aja... ja! Perfectamente. (*cogiendo el neceser.*) Y mi neceser? No será malo ponerlo entre sus chalecos; no va mal... Y si los arrugo? Qué dirá! Pero no importa; Leoncio es sumamente condescendiente, y sobre todo, despues de cuatro años de casado, no le importaria llevar... (*cogiendo las sombrillas.*) Y estas sombrillas? Dios mio! cuanto trastorno arma una para ir casi á la puerta de la calle. Y el bastidor y estos libros mios?.... Y estas cajas? (*yendo á la maleta.*) Qué remedio?... Coloquémoslo del mejor modo posible, entre los pantalones y chalecos de Leoncio. Ya está... aunque con trabajillos; pero todo se ha colocado perfectamente. (*cierra la maleta.*) Ahora ya no falta mas sino que venga para almorzar. Me parece que lo que le tengo dispuesto, le ha de gustar. Creo no haber olvidado nada. (*examinando los platos.*) Ostras, salchichon... perdiz... jamon... empanadas... fruta.... dulces... agua de nieve... todo está como desea; verdad es que ya no hemos de tomar nada hasta que lleguemos al Molár. Dios quiera no hagamos el viage en valde! De lo contrario, ya no me queda esperanza alguna... Oh! si se realizasen mis deseos; qué alegria para el tio Fernando, para Leoncio, y sobre todo, para

mi. (*cogiendo un libro en 8.° que habrá sobre el velador.*) Leamos un poco en este libro, que me ha dado mi tio. Segun dicen, contiene las principales maravillas que las aguas del Molár han obrado; veamos. (*se sienta y se pone á leer alto.*) «Aguas del Molar; su antigua fama, su superioridad, escelencia y virtudes que han obrado, seguido de las biografías de varias mugeres célebres, á quienes esta agua ha hecho fecundas.» (*para sí.*) Parece imposible que con solo tomar estas aguas, pueda una... Pero qué digo? Si no fuese así, no las llamarian aguas maravillosas. (*leyendo.*) «Obra instructiva y moral...» Moral! Esta palabra me dá que sospechar; sigamos leyendo, puesto que mi esposo me lo ha indicado. (*lee.*) «Hubo una reina que despues de mas de veinte años de matrimonio, no tuvo heredero alguno; en vano recurrió á las oraciones, á los ayunos y á las peregrinaciones. La tristeza del rey y del pueblo era estremada; pues la corona se veia amenazada de pasar á otra rama; mas un labrador del Molár, que se hallaba á la sazon al servicio del rey su esposo, pidió licencia para hablar en secreto á S. M.; despues de mucho tiempo se le concedió el permiso que habia solicitado; y presentándose ante la graciosa reina, la dijo; que la tristeza del rey y de su pueblo, nacida de la esterilidad de su reina, cesaria si se dignaba tomar las aguas del Molár, durante dos ó tres meses; la reina celebró mucho la ocurrencia y consejo del labrador; no lo hicieron menos su confesor y médico de Cámara; mas el rey, que en toda su vida habia reido una sola vez, le dijo al buen labrador, que su receta se iba á poner en práctica... pero que si fallaba, le colgaba del árbol mas elevado que hubiera en el camino... A la primavera siguiente, la reina pasó al Molár, y á los nueve meses.... (*se detiene para mudar la hoja y tarda algo.*) y á los nueve meses...

ESCENA II.

Matilde y Leoncio.

(*Leoncio entra al decir Matilde segunda vez á los nueve meses. Trae consigo una caja con dos pistolas; en la mano izquierda otra caja y dos mas de cigarros en la mano derecha.*)

Leon. (*interrampiéndola.*) Y bien, á los nueve meses dió S. M. á luz... un precioso y robusto sucesor de la corona.

Mat. (*sorprendida.*) Ah! eres tú, Leoncio? (*Leoncio coloca sobre el velador todo lo que trae.*) Estaba leyendo este libro que me dió el tio esta mañana.

Leon. Y qué, crees en los prodigios que en él se cuentan?

Mat. Empiezo hace un instante; sin embargo...

Leon. Vamos, juraria que no lo crees.

Mat. La verdad, esposo mio; lo creeria mas, si no hubiese sido el director de los mismos baños el que lo ha escrito.

Leon. Y por qué?

Mat. Porque nadie mas interesado que él en hacer ver los efectos raros y admirables de su agua medicinal; vende nada menos que á doce reales la botella de fecundidad.

Leon. (*yendo á ella.*) Maliciosa! pronto has de ver si dice verdad ó no. Oh! si le debiésemos la suerte de un heredero... sabes que tu tio Fernando se empeña en que nuestro hijo, ó sea su futuro sobrino, sea grande de España para cuando él falte?

Mat. Tiempo hay harto; primero que le devuelvan al tio sus títulos y rentas... á menos que hubiera un gran trastorno político.

Leon. No temas; antes de nada tiene que haber en España una gran revolucion.

Mat. Dios lo quiera; aunque no sea mas que por el bienestar de nuestro hijo... digo, de nuestro futuro hijo...

Leon. (*coge las cajas de los cigarros, abre su maleta y viéndola llena, va á la de Matilde, la cual se ocupa en arreglar el almuerzo.*) Dime, dónde está tu tio?

Mat. Acaba de marcharse.

Leon. Tan pronto! Verdad es que el tiempo convida á pasear... lástima dá el dejar á Madrid en una época tan deliciosa.

Mat. Pero qué haces? (*viendo á Leoncio andar en su maleta.*)

Leon. (*con calma.*) Colocar aquí mis cajas de cigarros.

Mat. Entre mis vestidos?

Leon. No has puesto tus botas entre mis corbatas? (*dice lo anterior y lo siguiente cogiendo las pistolas.*) Mira qué cigarros tan magníficos! Legítimos begueros!

Mat. Dios mio! Dios mio! cómo me lo ha puesto. (*examinando lo que ha hecho Leoncio al verle poner las pistolas, sobre la maleta, grita Matilde.*) Ah!

Leon. Estas son mis pistolas.

Mat. Sobre mi ropa?

Leon. No temas, están sin cargar.

Mat. Cómo vas á estropearlo todo! Qué haces aun?

Leon. Yo hubiera colocado las pistolas en mi maleta; mas he visto tu necesaire dentro de ella y...

Mat. Sí, mas tú no debes... (*Leoncio la coge por la cintura y la hace un cariño.*)

Leon. Mira, no te incomodes; todo lo voy á arreglar. Los cigarros y las pistolas, permanecerán donde los he puesto. (*Matilde hace un gesto de disgusto.*) No temas, que nada malo han de hacer. Verás, verás como nos divertimos en el Molár... Nunca ha ido tanta gente á esos baños como este año! Medio Madrid hay en camino; por donde uno vá, no vé mas que conocidos que se despiden para tomar las aguas; y tambien muchos franceses, que no sé á qué diablos irán.

Mat. Qué, te incomoda el que vayan franceses?

Leon. A mí? No lo creas; no has estado en Francia cuanto has querido? O por mejor decir, no eres tú medio francesa y medio española? Y casi todas tus relaciones no son de aquella nacion?

Mat. Verdad es; casi todas mis amigas son parisienses...

Criado. (*entrando.*) Una carta para el señor.

Leon. (*cogiéndola.*) Está bien. (*vase el criado y cierra la puerta. Leyendo el sobre.*) A M de Fontaño. Qué sobre mas raro! Aquí no dicen ni Señor Don, ni Señora Doña, solo sí A M de Fontaño... como no quiera decir Matilde de Fontaño, ó á Monsieur ó Madame de Fontaño?

Mat. (*cogiendo la carta.*) A ver de dónde es? (*lo vé.*) Calla, es de Douvres!

Leon. De Douvres? Por mi parte no tengo relacion alguna en ese país.

Mat. No? Ya lo creo; como que es para mí.

Leon. Pues qué, conoces alguien en Douvres?

Mat. Alguna compañera de colegio que me escribe; despues de almorzar la leeré. (*guarda la carta.*)

Leon. Y por qué no la has de leer ahora mismo?

Mat. (*sentándose á la mesa.*) Porque sobre poco mas ó menos, ya me figuro lo que dirá; con que así, vamos á almorzar, esposo mio?

Leon. (*con sumo agrado y sentándose al lado de su espo-*

sa.) Con mucho gusto, esposa del alma; y así que acabemos, nos ponemos en marcha para el Molár, no es así? Ya tengo ganas de estar de vuelta del viage, y con la grata satisfaccion de un precioso descendiente que tenga todos tus atractivos.

MAT. No, mejor seria que se pareciese á ti.

LEON. No tal; porque quiero que tenga los ojos iguales á los tuyos; es decir, negros.

MAT. Pues yo no quiero que los tenga negros como los mios, sino azules como los tuyos.

LEON. En ese caso, partiremos la diferencia; tendrá uno negro y otro azul.

MAT. Qué idea! Ea pues, almorcemos.

LEON. Sí, sí, que tengo un apetito espantoso. (*va al aparador y examina lo que hay en él.*) Oh! magnífico almuerzo tenemos hoy!

MAT. Cuanto me alegro de darte gusto!

LEON. Has visto bien si esa carta viene de Douvres?

MAT. Al menos tú así lo has dicho; poco trabajo cuesta el leerlo.

LEON. Con letras rojas está escrito. No hay un poco de limon? (*Matilde se levanta y lo trae.*) Mi vista no es tan perspicaz como la tuya; al instante conociste que la letra era de una amiga de colegio!

MAT. (*de pié partiendo el limon.*) Pues qué, es tan difícil el reconocer la letra de una amiga?

LEON. No; pero cuando las amigas de pension son trescientas ó cuatrocientas, es preciso un conocimiento muy exacto de los caractéres de letra de cada una, para poder adivinar entre tantos.

MAT. (*echando vino.*) Me dan ganas de reir el ver lo serio que te has puesto. Crees por ventura, que esta carta encierra algun secreto?

LEON. Yo? Quién te ha dicho tal cosa?

MAT. No acabas de suponer que pudiera muy bien ser de otra persona, y no de una amiga?

LEON. Y quién es capaz de evitar, el que le escriba á uno la persona que menos se espera?

MAT. (*alejándose de él.*) Es que como yo no conozco á nadie fuera de Madrid, como no sean amigas...

LEON. (*deteniendo á su esposa que iba á despedazar el ave y lo hace él.*) Dime, entre los estrangeros que tu tio Fernando admitia en su casa, cuando estuvo en Douvres... de donde te viene esa carta, ¿no te acuerdas de un jóven que iba allí, buen mozo, bastante desgraciado en sus empresas políticas, ya capitan á los veintiun años, y que tambien era algo poeta y muy sentimental?

MAT. (*vivamente.*) Quién, Mr. Almagiron? Si se marchó de allí ya hace mas de dos años!

LEON. Verdad es.

MAT. (Y tanta verdad!)

LEON. Los ausentes son justamente los que escriben.

MAT. Y me habia de escribir de Douvres?

LEON. Qué tiene de estraño! Despues de dos años, tiempo ha tenido para volver.

MAT. (Bastante!)

LEON. (*echándose vino.*) Me figuro habrá vuelto á su pueblo, y se habrá apresurado á escribirte para que sepas su llegada. Veamos si he pensado bien.

MAT. (*maliciosamente.*) Si te dijera que sí, no habria de ser mas que por castigarte, con que así...

LEON. Para castigarme! Pues qué, me crees celoso de Almagiron? (*levantándose y dando un golpe en el velador.*) Matilde, esa carta sino es de Almagiron, es de Mister Tornal.

MAT. (*sorprendida.*) Otra mas!

LEON. Sí, él es quien te escribe. (*se sienta.*)

MAT. (*yendo á Leoncio.*) Sin duda tratas de divertirte conmigo.

LEON. No lo creas. Dime, no estuvo aquí Mister Tornal el verano pasado?

MAT. Te lo he negado acaso?

LEON. Me lo has dicho alguna vez?

MAT. Me lo has preguntado por ventura?

LEON. Tengo precision de estar siempre hecho un catecismo de Ripalda?

MAT. Y yo hecha un corre, vé y dile? (*Leoncio se pasea hácia un lado y Matilde hácia el otro.*)

LEON. Mister Tornal vino á casa durante mi ausencia?

MAT. Sí.

LEON. La acompañó á usted una vez á un concierto?

MAT. Sí.

LEON. Y á los toros dos veces... Señorita Matilde... no es así? Dos veces... dos.

MAT. Sí por cierto, dos veces.

LEON. Vea usted la amiga que le escribe de Douvres!... Qué necesidad tengo yo de leer esa carta, cuando letra por letra puedo decir... (*sentado, con calma.*) Di, esposa mia, quieres que te diga letra por letra y punto por punto su contenido?

MAT. Si eso le divierte á usted...

LEON. Hola, hola, ironia tambien!

MAT. Dignidad, caballero. (*se sientan ambos despues de un momento, llaman y vuelven á llamar.*)

LEON. (*bruscamente.*) Que llaman.

MAT. (*secamente.*) Es Antonio, que viene á decir que el coche espera. (*alzando la voz.*) Antonio, hasta dentro de una hora no marchamos, que se esperen. (*volviendo á Leoncio.*) Con que decia usted...

LEON. Que sé punto por punto cuanto la carta de su amiga encierra.

MAT. (Quién se lo pudo haber dicho?)

LEON. (*con enfado y sin mirarla.*) En cada línea se lastima de que tenga usted un marido que la abandona, que á cada instante está de viage, que goza de todos los placeres de la corte, mientras que usted, sumida en el abandono, pasa la vida el lado de un tio ridículo. (*volviéndose á ella.*) Bien sabe usted que son mis ocupaciones y no mis caprichos los que me precisan á viajar.

MAT. Le he dicho nunca lo contrario?

LEON. (*levantándose.*) Mister Tornal dice que en breve pasará á Lóndres, donde le esperan sus hermanas mis Sofía y mis Laura, y so pretesto de salud, podeis muy fácilmente...

MAT. Es la carta quien habla, ó usted?

LEON. (*con ironía.*) La verdadera causa... ó por mejor decir, el amor.

MAT. (*aburrida.*) El amor!... Oh! Si te la diese á leer, te convencerias de la falsedad de tus suposiciones; pero eso rebajaria mi dignidad, y mas tarde ó mas temprano... pero no, no leerás esta carta.

LEON. (*imperiosamente.*) Y si yo lo mandase?

MAT. (*con dignidad.*) Tómela usted. (*le dá la carta; él hace un movimiento para tomarla.*) Mas tened entendido, que despues que la hayais leido, todo acabó entre nosotros.

LEON. (*ap., despues de un momento de indecision.*) Este es un ardid de que se valen muy á menudo las señoras mugeres, cuando no saben como salir del apuro. (*alto.*) Sin duda cree usted que por este medio me vá á convencer?

MAT. (*vivamente.*) Tome usted; lea usted la carta.

LEON. Sea como usted quiera, ó por mejor decir, como no quiere. (*imperiosamente.*) Venga la carta.

MAT. (*tira la carta sobre el velador, se va al fondo, y*

dice enojada.) Dentro de una hora partiré con mi tio Fernando.

LEON. Como usted guste.

MAT. O sino... (*vuelve al fondo ella y él va hácia el velador, y dice ella hácia fuera.*) Mayoral, en marcha... Antonio, acompáñame á Alcalá.

LEON. (*volviéndose y dejando la carta.*) A Alcalá?

MAT. Sí, con mi tia. (*poniéndose el chal y el sombrero.*)

LEON. Y se vá usted sin mí?

MAT. Sin usted, si señor; para nada le necesito.

LEON. Sí? Pues yo marcho al Molár.

MAT. Vaya en buen hora.

LEON. Aunque la causa esencial del viage era el heredero....

MAT. Algo difícil será que lo consiga usted.

LEON. Me pasaré sin él, (*á ella.*) y usted lo mismo; no tendremos sucesion.

MAT. Naturalmente. (*vá á cerrar la maleta de Leoncio, en la cual estan las sombrillas, botas, y todo lo que puso.*)

LEON. (*cogiéndola de un brazo.*) Eh, permítame usted; esa maleta es mia. (*tira poco á poco todo lo que hay en ella.*) Tome usted sus botas, sus sombrillas...

MAT. (*tirando á su vez lo que puso en la maleta de ella.*) Y usted sus pistolas.

LEON. El neceser.

MAT. Los cigarros. (*tira las cajas á lo alto.*)

LEON. Esos vestidos, su biblioteca de camino. (*la desata y tira todos los libros.*) Que viage por los aires.

MAT. (*cerrando su maleta.*) Hasta nunca. (*yéndose.*)

LEON. A Dios, buen viage.

MAT. (*ap. en el fondo.*) Insiste en leer la carta?

LEON. (*ap.*) No está tan resuelta como dice.

MAT. (*viniendo y cogiendo la carta.*) No lee usted la carta?

LEON. (*conmovido.*) Vamos, sin duda no está usted tranquila.

MAT. Usted es la causa.

LEON. Esas lágrimas, esa emocion...

MAT. (*dejando el sombrero.*) Léala usted digo; qué le importan mis lágrimas?

LEON. Son lágrimas de arrepentimiento ó de pesar?

MAT. Sí, de pesar... de haberle amado. (*tira el chal.*)

LEON. Matilde... (Si será un paso de comedia lo que está haciendo? Las lágrimas en las mugeres es un arma tan defensiva como un obús. Retroceder será dar lugar...) Nadie mas que yo siente lo que está pasando, mas es preciso que me dé usted esa carta. (*va á dársela y la retira de pronto; mira el sobre y se pone á reir atrozmente.*) A qué viene esa risa tan repentina?

MAT. (*riendo aun.*) Ya lo sabrá usted.

LEON. Ahora mismo.

MAT. Oh! Déjeme usted, déjeme usted. (*se rie.*)

LEON. Lo que usted quiere es ganar tiempo para ver si halla un medio para escapar de la horrible revelacion....

MAT. (*riendo.*) Atrozmente horrible; sepa usted que no es de Douvres!

LEON. (*sorprendido.*) Qué, no es de Douvres?

MAT. No tal! Es de Plymunt... de Inglaterra!

LEON. (*estupefacto.*) de Inglaterra?

MAT. Mírelo usted en este sello casi rojo, ó por mejor decir, azul subido; Plymunt, lo vé usted bien?

LEON. (*queriendo coger la carta.*) Efectivamente.

MAT. (*con detencion.*) De Plymunt, donde á nadie conozco y donde nadie me conoce.

LEON. (*con ansiedad.*) De Plymunt!

MAT. La letra M, que precede á nuestro apellido, indica Monsiur y no Matilde, como creimos, lo cual quiere decir que es para tí y no para mí; tómala, nada tengo que ver con ella.

LEON. (*cogiendola prontamente y guardándola de modo que se vea algo.*) Si... si... para mí. (*riéndose.*) Pues ha sido buena la equivocacion!

MAT. (*mirándole fijamente.*) Muy buena!

LEON. Vaya... vaya... continuemos nuestro almuerzo.

MAT. No tengo apetito ya. (*vá á sentarse junto al velador.*)

LEON. (*ap., acercándose á ella.*) (El diablo de la carta... pues ha sido soberbio!) Con que, esposa mia, olvida y perdona las palabras que hayan podido ofenderte. (*coge el sombrero de ella y lo pone con cuidado en el velador.*) Jamás debí creer que tu fueses cómplice en tales cosas. (*cogiendo las botas de Matilde y limpiándolas con el pañuelo.*) Qué botas tan bonitas te has comprado! (*vá guardando todo lo que tiró en el mismo sitio.*)

MAT. Sí, me alegro que sean de tu agrado... Mira, una vez que ya estamos tan amigos como siempre, para darme una prueba de confianza y afecto, léeme esa carta; es tan bello tener una persona con quien confiar sus secretos!

LEON. (*guardando las sombrillas.*) Apenas sé cómo has podido guardar tanto en mi maleta!

MAT. La confianza entre dos esposos es la mayor dicha que puede haber en la tierra.

LEON. (*sacando el reloj.*) Las doce; ya es hora de marchar.

MAT. No me dijiste las mismas palabras hace un instante...

LEON. (*mirando aun el reloj.*) Con eso dentro de seis horas ya estamos descansados.

MAT. Con que quieres leérmela?

LEON. Tienes curiosidad de saber lo que me escriben de Plimunt?

MAT. No, pero...

LEON. Pues entonces...

MAT. Digo, sí; de ese modo me vengaré de tus agravios.

LEON. Las inglesas no son vengativas.

MAT. (*mirándole con atencion.*) Decidme, Plymunt que tal ciudad es?

LEON. Bastante buena; tiene su arzobispo... su catedral... un alguacil mayor...

MAT. (*id.*) Dime, y no estuviste hospedado en una casa de metodistas?

LEON. (Qué preguntas!)

MAT. Segun he oido decir, todas las jóvenes que pertenecen á esa religion, son por lo general muy lindas y sentimentales.

LEON. (*esquivándola.*) Verdad será cuando lo dicen.

MAT. (*sin dejarlo*) Mis Sofía, al menos, lo es, y bastante. (*vá á cogerle la carta, él lo nota y se la guarda.*)

LEON. Con que has oido hablar de mis Sofía?

MAT. Y no una sola vez; y me han dicho que es muy linda moza.

LEON. No es malilla.

MAT. (*fuera de sí.*) Con que no es malilla, eh?

LEON. (*haciéndose el distraido.*) Qué nombre le pondriamos á nuestro futuro hijo?

MAT. (*irritada.*) Con qué entusiasmo lo ha dicho!

LEON. Hay algunos nombres muy bonitos; Lindoro por ejemplo. Sí... sí... nombre divino.

MAT. Ya lo creo; Sofía, nombre de novela.

LEON. O sino, Carlo-magno.

MAT. Luego, con una cabellera, como dicen que tiene, quién no se enamora?

LEON. Soberbia idea! Magnífica! (*siguiendo cada uno su conversacion.*)

MAT. (*sorprendida.*) Con que es magnífica su cabellera?
LEON. Qué cabellera? Hablo del nombre de Carlo- magno para nuestro hijo.
MAT. Está visto!
LEON. O sino te parece bien, le pondremos Fernando, como tu tio.
MAT. Un amigo tuyo la amó con sumo delirio.. tanto, que un dia...
LEON. Algo de novela es, pero...
MAT. No tal, que es histórico, y ella tambien le queria mucho.
LEON. Buen provecho los hiciera! A qué viene ahora...?
MAT. (*coje la carta y se la pone delante de los ojos.*) Me dirás ahora que esta letra no es de muger?
LEON. (*arrebatándola la carta.*) En Inglaterra todos escriben lo mismo.
MAT. Pero Sofia...
LEON. (*alejándose.*) Qué pesada estás, esposa mia!
MAT. Con que te fastidio?
LEON. No tal, pero tanto erre que erre...
MAT. Sin duda querrás que te hable de la señora de Saint Paul, por la que tuviste dos desafios en un mes?
LEON. Y quién no ha tenido duelos?
MAT. O de madama de Verceli, la viuda que trajiste engañada?
LEON. Pero cuanto disparate estás ahi diciendo?
MAT. O la de Aigremont, ó la esposa de Malivor, ó de la hija del embajador de...
LEON. (*yendo á ella.*) Basta, muger, basta. Jesus qué regimiento! Ni el feudo de las cien doncellas!
MAT. Hola, basta!... Pues no, te he de hablar de mis Sofia, la que ha escrito esa carta; de Sofia, á quien abandonó un jóven que fué de Douvres; de mis Sofia, que se volvió loca por él.
LEON. (Toma... ahora con lo que viene.)
MAT. Será usted el que la hizo perder la razon, y me deciais que era yo la primer muger que habiais amado?... Cuando, sin duda, seré la centésima primera. Oh! Eres un pérfido, un ingrato, un seductor.
LEON. (*con dulzura.*) Vamos, Matilde mia, sosiégate; dame tu mano, y como buenos amigos, ó por mejor decir, amantes, leamos la carta de mis Sofia.
MAT. (*con triunfo.*) Con que convienes en que es suya?
LEON. Tú lo dices, razon tendrás para ello.
MAT. Leamos pronto.
LEON. Antes de todo, es preciso que me dés palabra de olvidarlo todo.
MAT. Todavia no; leamos primero.
LEON. (*suplicante.*) Pero Matilde...
MAT. Leamos primero he dicho.
LEON. (*encojiéndose de hombros, rompe el sobre y lo tira, y se queda con la carta en la mano.*) Cómo! Otro sobre!
MAT. (*con inquietud.*) Rómpele pues...
LEON. (*al leerle, se rie fuertemente.*) Ah!.. Ah!.. Ah!.. Lee... lee.
MAT. (*leyendo.*) A Matilde Fontaño ó á su esposo, para entregar en propia mano á Mr. Fernando su tio, antiguo miembro de las córtes. Correspondencia secreta.
LEON. Con que no era para mí?
MAT. Ni para mí. (*rien ambos.*) Por mejor decir, es para los dos.
LEON. (Tanto hablar para nada; si lo hubiese sabido!)
MAT. (Vaya un chasco!) Quizás sea este un aviso.
LEON. Tal crees aun?
MAT. No... pero si mis Sofia os ama aun...
LEON. Y si Almagiron ó Tornal viniesen á acompañaros á los conciertos?
MAT. Almagiron murió hace seis meses en la Habana, y Tornal se casó.
LEON. Sí? Pues Sofia ya no está loca; la prueba de ello es, que se casa dentro de una semana con mi primo Roman.
MAT. Con que has tenido celos de un muerto?
LEON. Y tú de una loca?
MAT. Basta, basta, Leoncio.
LEON. Si, si; bastante nos hemos atormentado sin quererlo. Dale esa carta á Antonio, para que se la lleve á su tio.
MAT. (*dándole la mano.*) Me darás á leer de aqui en adelante cuantas cartas te escriban?
LEON. Y tú?
MAT. Te juro no tomarlas en mi mano hasta que tú las hayas leido.
LEON. Lo mismo te prometo hacer yo.
MAT. Es que no vayan á escribirte poniendo el sobre para mí, y...
LEON. Otra mas! (Vamos, con estas mugeres no se puede.) No, esposa mia; las leeremos ambos á la vez: esto es, nos reuniremos en sesion pública para leerlas.
MAT. Aprobado, y de ese modo siempre seremos amantes.
LEON. Me lo juras?
MAT. Te lo juro.
LEON. En nombre de quién?
MAT. En nombre de nuestro primer hijo.
LEON. (*la abraza.*) Dios quiera dárnosle. (*se disponen para marchar.*) Ea, partamos para el Molár.
MAT. Al Molár mareho, señores, (*al público.*)
en busca de sucesion....
si pedir quieren favores
aplaudan sin dilacion.

FIN.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Madrid 27 de julio de 1853. *Examinada por el señor censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*—Benavides.

Madrid, 1853

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.